



ESPACIOS DE VIOLENCIA, LUGARES DE MIEDO: conflicto urbano en la Sur África *post-apartheid*

Bronwyn Harris¹

Quizás sea un lugar común o cliché decir que las cosas entre más cambian, menos cambian y además se quedan en lo mismo. Pero, nueve años después de las primeras elecciones democráticas



en Sur África, todavía oímos hablar de polarización racial y odios entre las diferentes etnias y comunidades. Injusticia, inequidad social, pobreza y el derecho a la justicia siguen siendo los obstáculos claves para establecer una verdadera cultura de los Derechos Humanos. La sociedad continúa marcada por altos niveles de violencia; la desconfianza, el miedo, y la duda siguen siendo los factores comunes que definen muchas de las relaciones Inter-personales. Contrario a lo que es la representación popular de Sur África como una nación “milagro”, pues, los altos niveles de violencia

1 Master en psicología de la universidad de Witwatersrand. Investigadora Proyecto de Violencia y Transición del Centre for the Study of Violence and Reconciliation de Johannesburgo . Ha investigado sobre participación de extranjeros en la violencia, refugiados (xenofobia y trans migración), ciudadanía, prácticas de justicia informal y vigilantismo; ha participado en estudios comparados sobre violencia y crimen en países en transición. Documento presentado en el panel sobre Conflictos y Violencia Urbana Foro Mundial Social – Temático, Cartagena, Colombia. (junio 16-20, 2003).

actuales dan cuenta de que la Sur África post apartheid no se ha librado de conflictos.

No obstante, más notorios son los cambios, esto es evidente en muchos de los cambios positivos que diferencian a la nueva Sur África de la vieja Sur África: la criminalización del racismo, una Constitución internacionalmente aclamada, y sistemas e instituciones que promueven y protegen los Derechos Humanos. Pero, al lado de éstas transformaciones positivas, también han emergido nuevas formas de prejuicios y conflictos, por ejemplo, la hostilidad xenofóbica hacia los extranjeros, nuevas formas por fuera de la ley para combatir el conflicto a través de grupos privados de justicia y las luchas socio-económicas que tienen que ver con la posesión de tierras y servicios. Las explicaciones a los fenómenos sociales, el entendimiento y la conciencia colectiva, que hay hacia los temas que tienen que ver con la violencia, también han cambiado con la transición que ha experimentado Sur África.

En el pasado, la violencia, estaba fuertemente enmarcada en un contexto netamente “político”, tanto en el Estado apartheid como en la resistencia hacia el mismo. En contraste con lo anterior, la violencia hoy en día, es común (y simplemente) tachada de “criminal” (cf. Simpson, 2001). Tal cambio de discurso ha redefinido no sólo la violencia sino, todos los temas relacionados con el delito, la legitimidad y la justicia. En este proceso, se han criminalizado ciertas formas de violencia, pero al mismo tiempo, ha abierto espacios –y de paso los ha legitimado– para nuevas formas de violencia (por ejemplo los grupos de justicia privada).

Estas nuevas tendencias y explicaciones del conflicto, así como la persistencia de las viejas formas de violencia son una amenaza para la frágil democracia de Sur África. Ellas son un reto para la creencia de que los cambios legislativos y un marco de trabajo basado en los Derechos Humanos automáticamente traen consigo el fin de la violencia a una sociedad ya de por sí violenta y militarizada. La persistente violencia que aún azota a Sur África, resalta, lo que se ha definido, dentro del país como una Cultura de la Violencia (cf. Simpson, Mokwena & Segal, 1992; Hamber, 1997). Dentro de dicha cultura, donde la violencia se considera la “solución” primaria a los retos y problemas de la vida diaria, se necesita

introducir nuevas reglas individuales y de grupo, así como factores materiales y estructurales como una nueva forma de entender la violencia durante una etapa de transición política.

Este documento explora la cultura de la violencia en Sur África: las tendencias, patrones y expresiones del conflicto en la nación después del Apartheid. Basado en una investigación llevada a cabo por el Centro para el Estudio de la Violencia y la Reconciliación (CSVr por sus siglas en Inglés), una ONG con base en Johannesburgo, este documento da cuenta de los cambios y continuidad que ha tenido la violencia durante la etapa de transición que el país ha experimentado del apartheid a la democracia. Como tal, este documento está situado dentro del marco teórico y de investigación del Centro para el Estudio de la Violencia y la Reconciliación CSVr, el cual está guiado por los siguientes interrogantes:

- ¿Qué impacto sigue teniendo el pasado en las tendencias de la violencia que definen a la Sur África post-apartheid?
- ¿En que medida el proceso democrático mismo ha ayudado a crear un espacio para la expresión de la violencia?
- ¿Cuál ha sido el papel de las Instituciones de Justicia transitorias como La Comisión de la Verdad y la Reconciliación (TRC por sus siglas en Inglés) en las manifestaciones contemporáneas de violencia?
- Y ¿Cómo la violencia –y por ende el miedo– se manifiestan en más violencia?

A pesar de que el alcance de este documento está restringido y estas preguntas no pueden ser contestadas con profundidad, es muy importante que se tomen como punto de partida y orientación. Al mismo tiempo, estas preguntas están hechas en el marco de una cultura urbana, donde el espacio es representado al mismo tiempo como un medio y una consecuencia de la violencia². Las preguntas también están representadas por medio de

2 Por favor nótese que una división “urbano-rural” es comúnmente superada por la violencia, la cual se mueve a través y entre el espacio. Por ejemplo, los patrones de venganza interactúan entre sí, en el Johannesburgo interno y en áreas rurales (ejemplo, Qunu) en el cabo Oriental. Dicho lo anterior, hablar de “violencia urbana” es una forma artificial, pero útil, de conceptualizar las intersecciones de espacio, identidad y violencia en Sur África.

anécdotas contadas por miembros de ciertos grupos o comunidades, a saber; extranjeros, jóvenes en edad escolar, ex-combatientes y vigilantes. Estas comunidades o grupos fueron escogidos en particular debido a su proximidad con el conflicto –ya sea en el pasado y/o en el presente.

TODAVÍA ESTAMOS VIVIENDO EN EL PASADO

Los límites y fronteras claramente definidos y los espacios racializados creados por la geografía del apartheid no se disolvieron y desaparecieron automáticamente con el Acta de Áreas de Grupo y la consabida legislación. Lo que tenemos es que el espacio es todavía una barrera persistente para la creación de una sociedad des-racializada y para la promoción de una cultura significativa, basada en los Derechos Humanos en Sur África. Esto es, básicamente, debido a que el espacio todavía es el que da acceso a los recursos, servicios y tierras; patrones de inclusión y exclusión; relaciones de poder –tanto entre “grupos” socio–económicos y políticos, como dentro de comunidades específicas. El espacio también da forma a las relaciones interpersonales y a los factores de identidad. Dicho de una forma más simple, esto es evidente a través de las formas en las que la raza predomina dentro de estas relaciones, a pesar de que el menos obvio, (pero claramente visible) “ismo” de la identidad apartheid –clasismo, racismo, nacionalismo– y la edad también juegan un papel en cuanto a la reubicación del espacio.

La identidad representa una de las formas de explorar los altos niveles de violencia urbana en la Sur África contemporánea, tanto entre las comunidades como al interior de ellas. El género, por ejemplo, en general tiene un gran impacto dentro de la vida urbana o de ciudad (esto es evidente a través del acceso a los recursos, seguridad, oportunidades etc.). Hablando de la migración hacia Johannesburgo. Palmary, Rauch & Simpson (2003) hacen notar que,

La experiencia de la migración hacia las ciudades es sólo uno de los factores de la marginalización, un proceso experimentado de forma diferente por los distintos grupos. Por ejemplo, el sistema de leyes del pasado, fue implementado de forma diferente para hombres y mujeres, dando como resultado patrones de género en cuanto a la migración.

Estas experiencias se manifiestan a sí mismas a través de conflictos violentos entre y dentro de las comunidades marginadas, en vez de hacerlo sólo en los conflictos específicos que se dan, entre los que se encuentran en el poder y los que se encuentran marginados. (p.102).

El género también juega un papel clave en cuanto a la experiencia de la violencia (respecto a los patrones de victimización y perpetración). Por ejemplo, Gear (2002) explica que: Para los excombatientes (eliminando todo espectro político), sus creencias de masculinidad (machismo) junto a un trauma sin resolver, pueden traducirse en violencia, particularmente dentro del contexto doméstico o familiar.

La agresión persistente y la violencia, pueden³ manifestarse en una gran variedad de ambientes sociales: en bares y tabernas, por ejemplo, pero... el lugar de agresión más frecuentemente reportado es el hogar o el ambiente personal. [Esto fue confirmado por grupos específicos con mujeres parejas/familiares de excombatientes]. (p. 87).

Los actos de violencia perpetrados contra sus parejas o familiares están, para estos demandados, directamente relacionados con la experiencia de la desmovilización. Son claramente localizados dentro de la etapa de transición vivida por Sur África, la cual pasó de una noción de masculinidad total (machismo) con armas y todo, a verse atrapada en una marginalización con altos niveles de desempleo y sentimientos de traición y alienación, pero, todavía armados, (Gear, 2002). La articulación de la violencia doméstica como el producto y respuesta de una transición política (una articulación que está estrechamente ligada con los intentos por justificar un comportamiento violento, por parte de algunos demandados) sugiere que existe un complejo nexo entre la identidad (“Lo que quiere decir ser un verdadero hombre”), el discurso social (él mismo en etapa de transición) y el espacio (el desplazamiento de la violencia del campo de batalla al contexto doméstico). Los espacios, tanto públicos como privados, están consistentemente imbuidos en los “ismos” de la transición.

La relación entre la vida urbana, la identidad y la violencia no es muy clara. La raza, estrechamente ligada con la clase, nos muestra una categoría

3 Gear (2002) hace énfasis en que no todos los excombatientes se ven involucrados en actos de violencia o agresión al retornar a la vida civil. Su informe desmitifica que todos éstos son “violentos”, simplemente, por la mera condición de serlo y ella previene contra la perpetuación de tales estereotipos, no solamente, debido a que son inexactos sino también, a que ellos alimentan sentimientos de traición y alienación al interior de ellos mismos.

para analizar, pero la ciudad post-apartheid no está conformada sólo de razas (y nunca lo ha estado). No obstante, la racialización del espacio, frecuentemente predomina en cuanto a las formas en las que la violencia es entendida e interpretada.

Al mismo tiempo, la raza parece ser invisible en la construcción de la violencia urbana contemporánea, aún en los casos en los que juega un papel clave. Está mucho más allá del alcance de este documento develar los múltiples factores que interactúan en una confluencia de violencia-espacio. No obstante, es muy interesante poder tener en cuenta las diferentes formas en las que la raza contribuye o deja de contribuir al entendimiento de la violencia. Analice la siguiente anécdota:

En un taller reciente, el Centro para el Estudio de la Violencia y la Reconstrucción CSVR, preguntó a algunos estudiantes de décimo grado (de 16 años de edad) sobre la identidad. Este taller era parte de un proyecto mucho más grande acerca de ciudadanía, raza, y la reconciliación en la era post-TRC (dictadura) y nosotros estábamos interesados en escuchar, si había una conexión directa con los temas de raza e historia. Los estudiantes provenían de diferentes esferas socio-económicas y raciales dentro de Johannesburgo. Y la pregunta que se les hizo fue: “¿Quién es usted?” esperando que los estudiantes se metieran en los ires y venires de la historia, en las divisiones del pasado y el presente y que dieran respuestas tales como, “Yo soy un “niño/niña”, “blanco/negro” etc., nos llevamos una sorpresa cuando todos los estudiantes –de todos los colegios– hicieron énfasis en temas de seguridad, violencia y miedo. La calidad de la violencia en sus vidas cotidianas realmente nos impactó al recibir respuestas tales como:

“El representante de nuestro colegio fue asesinado con un disparo en la cabeza el día del amor y la amistad”.

“Cuatro alumnos fueron asesinados por bandas el año pasado”

“Una niña de mi colegio fue violada cuando iba caminando de la escuela hacia su casa”

Por un lado, los estudiantes estaban notablemente hastiados y fueron muy irreflexivos en cuanto hasta que punto la violencia era parte de sus identidades: “Yo estoy rodeado de violencia”. Sin embargo, sus respuestas

a la pregunta : ¿quién eres tu? daban cuenta de miedos e inseguridades: “Tengo miedo”, “No estoy seguro”.

Lo que más nos impactó –tanto en este taller, como en unas intervenciones mucho más específicas llevadas a cabo por el grupo raza y juventud de CSVR en los salones de clases– fue comprobar hasta que punto, el pasado era eso, pasado⁴ y en ese orden de ideas era dejado “allá” en el pasado. (Makhalemele, Molewa & Valji, comunicación personal, 2003). El pasado es asumido como un aburridor objeto de la historia, algo que no tiene nada que ver con lo que los estudiantes son y hacia donde van. Como lo sugiere Valji en (Comunicación Personal): “En vez de relacionar sus circunstancias de vida actuales (incluyendo los altos niveles de violencia e inequidad) con la historia del país, los niños, tanto negros como blancos, las atribuyen a atributos personales y características individuales como la “valentía” o el “fracaso” (esto es manteniendo con el individualismo, una identidad consumista importada que discutiremos más adelante).

En un taller que se hizo, a propósito, para observar las actitudes y opiniones acerca de la raza, reconciliación racial, e identidad, ustedes podrán ver por qué fue tan impactante que ninguno de estos temas fuera abordado directamente. En vez de ello, las dos discusiones que sí se dieron sobre la seguridad y la exposición a la violencia, y un descontextualizado (y por ende desracializado) sentido de la historia, sugieren que nosotros necesitamos repensar muy detenidamente acerca del contexto en el que la violencia racista –y la violencia en general– se está dando en Sur África, con el fin de tener un mejor entendimiento y poder abordar estos temas de una manera más acertada.

El que nos ocupa es un contexto muy complicado y este documento no lo puede abarcar con total detalle. No obstante, él mismo está lleno de contradicciones. Por una parte, algunas acciones –consideradas extremas– son típicamente tachadas de violencia racista. Esto es básicamente, porque no pueden ser interpretadas de ningún otro modo –por ejemplo, el caso

4 Este “pasado” relaciona a ambos, el pasado del Apartheid (Los jóvenes que hoy tienen 16 años, tenían 6 o 7 años, al momento de la primera elección democrática en Sur África en 1994) y también a la era de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación (una historia más reciente).

reciente de Wet Kritzinger quien, en Mayo de 2003, fue condenado por asesinato, por la balacera racista perpetrada en el 2000. Se le condenó a 3 cadenas perpetuas por el asesinato de 3 viajeros negros, más 40 años por intento de asesinato de 4 pasajeros en un bus de Pretoria. El Juez Dion Basson tildó las acciones de Kritzinger como racistas, inescrupulosas e injustificables... el sistema Judicial reconoció el derecho a la dignidad humana y a la igualdad de todo ciudadano, Basso dijo: "Usted pisoteó estos principios matando a éstas personas sólo porque eran negras". "Los familiares de las victimas dijeron sentirse satisfechos con la sentencia". (De Beer, 2003). Por otra parte, no obstante, el contexto general de la violencia –lo que se podría llamar la cultura de la violencia– se asocia con una forma particular de silencio social acerca del racismo, que permite que una serie de acciones se filtren por entre las fisuras y se resistan a ser etiquetadas como violencia racista, así sean exactamente eso. Estas son las "pequeñas" acciones violentas que cada día se escapan a la acción del radar.

Al mismo tiempo, muchas otras formas de violencia están presentes en términos de racismo, así mismas, no se les denomine con un vocabulario en blanco y negro. Por ejemplo, en los suburbios de blancos "el secuestrador", a menudo se refiere al "delincuente joven y negro".

A pesar de que en éste discurso existe una omisión deliberada a la "raza", la experiencia del crimen y la violencia son, sin embargo, presentadas en términos racistas. A veces al crimen y a la violencia se les da una interpretación racista. Por ejemplo, algunos de los antiguos reclutas de Gear (2002) aún hoy "perciben" el crimen como algo estructurado a lo largo de las líneas raciales y consideran que los Blancos todavía son las victimas primarias para ellos. Los delitos violentos representan el componente más poderoso de un rango mucho más amplio de delitos cometidos contra la población blanca, y en particular contra los hombres blancos (p. 108 y ss). Aunque esta percepción pueda echarle leña al fuego y desatar una ola de reacción, también es cierto que, en ciertos casos, es bastante difícil separar la "raza" del crimen o delito cometido.

Por ejemplo, en unas entrevistas llevadas a cabo con jóvenes negros provenientes de bandas de delincuentes, "*Amagents*", Segal, Pelo & Rampa (2001) explicaban que:

Muchos de los interlocutores de Amagents le daban rienda suelta a un profundo resentimiento y amargura por toda la injusticia racial que hay en Sur África. En la mente de muchos de los entrevistados la línea del tener y no tener es todavía una línea que tiene que ver con las razas. Muchos de ellos no cuestionan, ni se arrepienten de sus actitudes racistas y sienten que las personas blancas están recibiendo su merecido cuando son víctimas de delitos o crímenes (p. 104).

En un contexto donde la raza ha estructurado, creado, sustentado las relaciones y las divisiones sociales, y le ha dado interpretaciones propias a la violencia por tanto tiempo, el reto clave para atacar la violencia racista está en la forma en que nos referimos a ella. De hecho, ¿Cómo reconocerla de una forma que sea significativa?. Este es un reto tanto para las víctimas directas de la violencia racista, como para la sociedad en general, porque junto con las muchas otras complicaciones, la raza tiene esa particular cualidad de volverse “invisible”, particularmente, en un orden social cambiante que no criminaliza el racismo público o abierto. En una forma “políticamente correcta” es muy difícil marcarla o identificarla. Esta cualidad puede hacer las cosas difíciles de articular para alguien que sea la víctima. Un reto similar para un marco legal que pretenda atacar la violencia racista es cómo probar fehacientemente que el racismo fue la motivación detrás de determinado acto violento (cf. Harris, por publicar). En forma más general, los nexos entre el espacio, la raza y la identidad se deben re-pensar debido a la cambiante y creativa naturaleza del racismo, así como a la violencia motivada por el racismo en sí mismo.

ESPACIOS TEMPORALES

Dentro de los centros urbanos de Sur África se ha presentado una migración entre los antiguamente denominados barrios de “negros”, “blancos”, “indios”, y “mestizos” pero esto ha sido restringido. La trasgresión espacial de áreas racializadas es más comúnmente un fenómeno temporal o transitorio, que termina cuando las personas dejan sus escuelas o sitios de trabajo y regresan a sus zonas de vivienda racializadas en muy corto tiempo (casi a diario). Esta disgregación temporal del espacio ha dado pie a ciertas formas de conflicto, por ejemplo, las escuelas, como espacios de “integración” urbana se han visto marcadas por la polarización racial y a veces, por la violencia. La transmisión de la discriminación

(generacional - espacial) muchas veces con expresiones violentas, sugiere que los patrones de victimización pueden llegar a reforzar las viejas líneas de división social dentro de los nuevos espacios de interacción social. Como tal, se debe ejercer una vigilancia para identificar las nuevas oportunidades que la integración (y la inadvertida democratización) le ofrece al prejuicio y a la violencia. De forma similar, más allá de los confines del patio de la escuela, los estudiantes denuncian hostigamiento racial por parte de miembros de la comunidad cuando ellos se mueven dentro y fuera de sus ambientes escolares:

Cosas como "Vuélvanse a sus casas", "No los queremos en esta área", fueron reportadas por niños negros en edad escolar que dijeron, se los habían dicho en los suburbios de gente blanca o no negra, mientras esperan el transporte público de regreso a casa del colegio. (Focos de grupos contra la discriminación -Molewa, en Comunicación personal)

Los niños refugiados, particularmente los provenientes de otros países de África reportan haber recibido niveles similares de hostilidad por parte de las "comunidades receptoras", así como por parte de sus compañeros de escuela y profesores. Muchos de ellos, ni siquiera quieren ir al colegio debido a las actitudes xenofóbicas y a la mala interpretación de la ley por parte de algunos instructores que les niegan la educación a los refugiados y a los que buscan asilo político. Estas experiencias, junto con la de aquellos niños que en Sur África se mueven geográfica y "racialmente" entre la escuela y el hogar, sugieren que dicho fenómeno, en Sur África, es mucho más complejo y no se puede supeditar a temas de "blancos y negros" únicamente.

Las historias de éstos jovencitos también nos dan una mirada al interior de la complejidad de la comisión del delito. Por ejemplo, en entrevistas con jóvenes secuestradores, ellos se refirieron a la importación del consumismo a nivel global, con una serie muy particular de criterios de identidad (tales como: carros vistosos, ropa de diseñadores, cultura gangster) (Segal, Pelo & Rampa, 2001). Esto junto con una serie de factores tales como: Desempleo, exclusión socio-económica, marginalización de la comunidad, relaciones familiares destruidas, y como tal, esta expresión de identidad a dado como resultado, para ciertos jóvenes Surafricanos, la valorización de la cultura del crimen y la adopción de un estilo de vida: "vivir rápidamente" (Segal, Pelo & Rampa, 2001).

ESPACIOS EN MOVIMIENTO

También es importante reconocer el potencial de violencia presente en las rutas que llevan a la gente a los espacios de “integración”. Un análisis de Dugard (2001) a cerca de la industria de la buseta (mini taxi dentro de Western Cape), sugiere que hubo un incremento en las prácticas violentas dentro de estos transportes entre 1987 y 1999. Por ejemplo, en 1991 se registraron 123 personas muertas y 156 heridas; en 1996, 312 muertas y 616 heridas; y en 1999, 258 muertas y 287 heridas (Dugard, 2001, p. 12). Este patrón, explica la consecuencia de varios factores, incluyendo el proceso de transición política.

Antes de 1994, estos mini taxis eran relativamente pocos en número y estaban predominantemente ligados con la violencia orquestada por el Estado. Desde entonces, no obstante, la violencia en los taxis se ha expandido mucho, se ha vuelto descentralizada y mucho más criminal en su carácter. Detrás de este giro hay cambios experimentados por la industria del taxi que reflejan ampliamente la cambiante relación entre el Estado y la sociedad de la Sur África post-apartheid. (Dugard 2001, p. 5).

Dugard (2001) sostiene que la desregulación de la industria del mini taxi ha solidificado y/o ha retado viejos patrones de privilegios económicos y de control social a través de la formación de unas asociaciones de taxis nuevas llamadas “Cuerpos madres” (mother bodies). A medida que el control del Estado, sobre la economía y la sociedad, se ha debilitado durante la transición de Sur África, las asociaciones de taxi se han desarrollado como agentes informales de regulación, protección, y extorsión (p. 5). Ella explica que: “Mucha de la violencia que ocurre en los taxis en Western Cape se ha relacionado con enemistades heredadas entre nuevos “cuerpos madres” rivales” (p. 12). Este documento no pretende explorar en detalle la violencia en los transportes (mini taxis o busetas). Mas bien, esta forma de violencia, fue mencionada como una manera de recordar que, el movimiento dentro de determinados espacios, puede en si mismo, verse afectado por formas cambiantes de violencia. Y la violencia, a su vez, está ligada a patrones políticos y socio-económicos cambiantes⁵.

5 El movimiento de inmigrantes y refugiados a lo largo de las fronteras de Sur África y hacia el interior de las ciudades es una oportunidad para la violencia (Harris, 2001a). Harris (2001a) sitúa esta forma de violencia con relación al movimiento económico. Dentro de esta economía existe una demanda de movimiento por parte de los extranjeros, muchos de los cuales,

ESPACIOS DE VIVIENDA

Los suburbios urbanos o barrios, donde las barreras raciales han caído, también se ven enfrentados a nuevas formas de conflicto emergentes. Estas incluyen las tensiones racistas y a veces enfrentamientos entre los residentes nuevos y los antiguos, y nuevos discursos predispuestos acerca de “servicios desmejorados” y “niveles estándar mejorados” (Esto no quiere decir que las áreas rurales, los pequeños pueblos, y los espacios no integrados no se vean sometidos a esta clase de tensiones y discursos). Los altos niveles de violencia también han sostenido y promovido la fuerte mentalidad colonialista de la Sur África del apartheid.

La vivienda fortificada continúa impactando la forma de la violencia dentro del país. Mucho de esto no está regulado y está muy por fuera del ámbito del Estado y la ley. La industria de la seguridad privada, por ejemplo, ha crecido sustancialmente. Los estimados sugieren un incremento que va de “R 141 millones de dólares Surafricanos (US \$ 15 millones) en 1978 a R 8 billones de dólares surafricanos (US\$ 1 billón) en 1999”, (citado por Hamber, 1999 p. 7). “Hay en el país casi el doble de vigilantes privados que de policías” (NIM, 1997, citado en Hamber, 1999 p. 7). “Muchos de estos vigilantes están mal entrenados y peor armados” (Hamber, 1999 *Ibíd.*). En ciertos casos, muchos de los antiguos miembros de la fuerza de seguridad del apartheid se han pasado a trabajar a la industria de la seguridad privada. Esto ha dado como resultado la transposición de antiguos métodos punitivos y violentos que han tomado una nueva forma.

En las comunidades donde no pueden sostener los servicios de compañías de seguridad legalmente establecidas, es común ver a los “vigilantes” alegar estar llevando a cabo “una lucha contra el crimen”⁶.

contrario al popular mito xenofóbico están relativamente bien financiados y poseen recursos. Al mismo tiempo ésta demanda la están cubriendo una gran variedad de proveedores, quienes se involucran en negocios tanto legales (ejemplo, tarifas de buses, transporte etc.) como ilegales (cruce clandestino de fronteras, visas ilegales, etc.). La explotación también es un factor fuerte en esta clase de economía. Existe como delito y en ocasiones se traduce en violencia durante la migración (ejemplo, extorsiones, agresión y abuso físico y amenazas para obtener pagos extras). P. 7

6 A pesar de que estos grupos no son de ninguna manera de dominio exclusivo de los “pobres”, las mismas hacen diferencias socio-económicas por medio de unas “cuotas de asociación que varían de acuerdo al status financiero, como en el caso de Mapogo a Mathamaga. Irónicamente, este grupo, por medio de sus violentos métodos, ha logrado conseguir apoyo proveniente de todo el espectro racial y socio-económico, sugiriendo de esta forma que la violencia es una vía válida para la expresión de la unificación racial y la “reconciliación” dentro de Sur África.

Desde los grupos más organizados en ciertas comunidades hasta aquellas membresías “espontáneas” de otros grupos, los “vigilantes” amenazan la aplicación de la ley en Sur África; ellos subestiman el debido proceso y muy a menudo actúan como juez, jurado, y verdugo, todo al mismo tiempo.

Históricamente el vigilantismo no es un fenómeno nuevo en Sur África, los incidentes relacionados con la “Justicia de las bandas” ocurrieron con regularidad a través de todo el periodo del apartheid, (cf. Haysom, 1986, Harris 2001b) hacen notar no obstante que, los métodos de los “vigilantes” se han mantenido, a través del periodo que va de 1980 al 2000, lo que sí ha cambiado son las definiciones y explicaciones de lo que constituye la violencia de los “vigilantes” antes de las elecciones democráticas en el país en 1994, ya que el vigilantismo estaba, generalmente asociado, con la violencia política. En la década de los años 80, era una definición que daba cuenta de las acciones políticas llevadas a cabo como apoyo al Estado del apartheid, y por lo tanto, estaba estrechamente ligada a la actividad conservadora del ala derecha (cf. Haysom, 1986; Bruce & Komane, 1999). Entre 1990 y 1994, el vigilantismo todavía era aplicado a la violencia políticamente motivada, pero fue mucho más allá de las acciones meramente conservadoras para incluir aquella violencia que en ese tiempo no tenía una “explicación” clara (cf. Jeffrey, 1992; Coleman, 1998). En contraste, el vigilantismo post-apartheid 1994, ha sido (ampliamente) descrito en relación con el delito o crimen –particularmente como “una actividad que lucha a su vez contra el crimen o delito” en lugar de ser vista cómo asunto político. En el pasado esta actividad estaba enmarcada dentro de términos políticos, sin embargo, en el presente la violencia del “vigilantismo” es presentada como una respuesta o “la lucha justificada” contra el crimen, por los mismos “vigilantes” y como respuesta a un sistema de justicia criminal inoperante y es legitimada, al intentar con ésta “llenar la brecha de la falta de vigilancia policial” (Harris, 2001b).

Los retos percibidos y reales que enfrenta el sistema de justicia criminal en la Sur África post apartheid incluyen altos niveles de desconfianza entre las comunidades y la policía (cortes, recursos limitados, ineficiencia, corrupción) y un continuo abuso del poder (que incluye la tortura y la violencia física). También hay una percepción popular de que los “criminales

tienen más derechos que aquellos ciudadanos que acatan las leyes” y que el sistema de justicia criminal se percibe como “protector” de los criminales, a expensas de sus víctimas (cf. Harris, 2001b). Esta percepción se ve comúnmente reforzada por los discursos políticos y la retórica relacionada con “la lucha contra el crimen” proveniente de figuras con un alto perfil público, así como de organizaciones con base en la comunidad. Estas actitudes envían mensajes equivocados acerca del valor del debido proceso y activamente alimentan una cultura basada en la impunidad.

El Sistema de Justicia Criminal “Archivo con hechos”.

Nota: Debido a la demora del gobierno para publicar las estadísticas criminales, las cifras oficiales más recientes datan de Septiembre del 2001 (con algunas de Marzo del 2002 y unas cuantas tendencias generalizadas las cuales han sido manipuladas en el parlamento).

Estadísticas Criminales.

Los casos reportados de asesinatos se incrementaron en un 1% un total de 2'515.808 incidentes en el periodo de Abril de 2001 a Marzo del 2002.

Los crímenes violentos se incrementaron en un 33% en el periodo de 1994-2001.

Los Servicios de Policía de Sur África (SAPS) alegan que los niveles de criminalidad se están “estabilizando”.

Que las cifras de asesinatos bajaron en un 18% de 19.772 en 1994 a 15.045 en 2001.

Más de 21.000 fueron asesinadas entre Abril de 2001 y Marzo de 2002.

En 1998, Sur África tenía el más alto índice de asesinatos (59 pccmh) en la lista de países de la INTERPOL.(Masuku, 2003)

Estadísticas de las Prisiones.

La capacidad Carcelaria actual de Sur África es de 110 874. Para finales de Marzo del 2003, había 187.748 prisioneros un 71% de sobrepoblación. Los prisioneros en espera de un juicio sumaban el 30% de la población carcelaria. Entre 1996 y 2002 el número de prisioneros que estaban pagando condena se incrementó de la siguiente manera:

Cadena Perpetua: de 2.951 a 5.505

20 años: de 1.885 a 7.885

De 15-20 años: de 2.660 a 8.355

10-15 años: de 6.168 a 18. 956

2-10 años: de 61.181 a 68 418

Las muertes por causas naturales en las prisiones se incrementaron de 1.65 por 1000 prisioneros en 1995 a 7.75 por 1000 en 2002; básicamente debido a HIV/Sida (Charla del Ministerio de Prisiones sobre el presupuesto, 2003).

Armas

Octubre 2002, 3'654.434 salvoconductos expedidos para armas.

En promedio, 2.000 armas con salvoconducto son robadas o perdidas cada mes (Línea de la Alianza para el Control de las armas).

A pesar de que había fallas reales y practicas dentro del Sistema Criminal de Justicia, Harris (2001b) explica qué la violencia de los vigilantes no es un fenómeno aislado y no se puede explicar sólo haciendo referencia a la ley. Hay un numero de factores –que van mucho más allá de los fallos en el Sistema Criminal de Justicia (CJS por sus siglas en Inglés) que pueden, en un momento dado, apuntalar la violencia de los vigilantes. Uno de los factores es el papel que juega la transición política del país en sí misma, la cual a generado una brecha (fácilmente llenada por dichos grupos de seguridad) entre lo que era una policía opresiva y con mano dura en el pasado y el intento de hoy en día por implementar una cultura basada en los Derechos Humanos. La transición también a creado altos niveles de expectativa democrática, los cuales, cuando no se cumplen, llenan a la población de frustración y desencanto (otra brecha que los vigilantes llenan fácilmente). (Harris 2001b).

MIEDO EN LA CIUDAD

La violencia de los vigilantes gira alrededor del miedo y frecuentemente crea un efecto silenciador dentro de las comunidades (Harris, 2001b). Los vigilantes en ocasiones interpretan y explotan el silencio de las comunidades como un apoyo tácito a sus acciones, sin embargo, las entrevistas que se han llevado a cabo con las comunidades afectadas sugieren que el silencio es más el producto del miedo a ser víctimas (a manos de los mismos vigilantes) (cf. Von Schnitzler et al, 2001).

A corto plazo, el miedo (a las retaliaciones por parte de los vigilantes) puede llegar a contribuir en la disminución del crimen o delito en un área específica. No obstante, este fenómeno está grandemente localizado y ayuda

a que el delito se propague hacia los barrios vecinos. A largo plazo, también puede generar en la reaparición del delito –pero esta vez mucho más violento en su naturaleza– en el área inicialmente afectada⁷.

Las prácticas de éstos grupos, resaltan las percepciones que se tienen acerca del Sistema de Justicia Criminal y las expectativas de democracia. Adicionalmente, la violencia del vigilantismo y la venganza también apuntalan hacia la desestabilización de viejos patrones de privilegios y a la aparición de nuevos sitios de conflicto. En Octubre del 2001, más de 800 Zimbaweños volaron del enclave temporal localizado en Zandspruit hacia Johannesburgo después de que sus viviendas fueran incendiadas (por lo menos 112 de ellas resultaron totalmente destruidas) y sus bienes saqueados (Ndaba & Kalideen, 2001).

“Los residentes de Zandspruit...dijeron que la comunidad se había puesto de acuerdo para perseguir y hacer desalojar a los Zimbaweños y quemar todo lo que les perteneciera. Ellos dijeron que la comunidad estaba enojada porque los Zimbaweños tenían empleos, mientras que cientos de ciudadanos estaban sin empleo. Ellos también alegaron que los Zimbaweños estaban involucrados en una serie de asaltos a mano armada, violaciones, robos, y otras clases de delitos” (Ndaba, 2001, disponible en línea)

En Mayo de 2003, dos hombres, uno de los cuales era un ciudadano de Mozambique, fueron acorralados y colgados hasta morir por una muchedumbre en Braamsfischerville (bajo acusación de que eran criminales).

En Diciembre de 1998, la trabajadora de la salud Gugu Dlamini fue apedreada y golpeada hasta morir por “una muchedumbre que la acusaba de degradar el barrio en que vivía al admitir que ella era una portadora del Sida [VIH positiva] (Kortjas & Msomi, 1998). El blanco de los vigilantes, –que en algunos casos todavía son los criminales, pero también el prejuicio de las personas por fuera de estos grupos– en otros casos, reflejan las estrategias de la violencia y los prejuicios que vive Sur África en esta etapa de transición.

7 El vigilantismo representa un ejemplo de la “violencia alimentando la violencia”. También a largo plazo se pueden ver los efectos que el incremento de las medidas de seguridad tiene en la naturaleza de la violencia: Entre más altas son las paredes y más sofisticados son los equipos de seguridad, más violentos se tornan los métodos para cometer el “mismo delito”.

EXTRAÑOS Y RECIÉN LLEGADOS

La democratización ha propiciado la entrada de “recién llegados” como refugiados o buscadores de asilo político a las grandes ciudades de Sur África. Los refugiados en Sur África están en los asentamientos urbanos, a diferencia de sus similares de otras partes del mundo que viven en campamentos. La naturaleza urbana del asilo político ha traído cambios muy particulares para un país que está muy mal preparado para darles la bienvenida a los refugiados. Esto incluye manifestaciones de xenofobia en todas las calles de todas las ciudades, principalmente en cabeza de los oficiales de la policía y otros oficiales públicos. (Harris, 2001a). Los refugiados alegan que sufren molestias, extorsiones, destrucción de sus documentos, así como instancias mucho más extremas de violencia física por parte de aquellos que, se supone, les deben brindar protección. Adicionalmente, parece que los miembros del público coinciden en su disgusto hacia los extranjeros, particularmente hacia los negros Africanos, que son vistos como los portadores del caos y enfermedades, como competencia en los empleos, los refugiados son a menudo el blanco preferido de los vendedores ambulantes y de la comunidad en general.

Para los extranjeros, los patrones residenciales de Sur África están en gran medida conectados con los temas de seguridad y bienestar (Sinclair, 1998; Morris, 1999). El clima general de xenofobia se ve reflejado en “enclaves” de determinadas nacionalidades y en ciertas áreas, particularmente, en los espacios al interior de las ciudades, tales como: Hillbrow y Bera en Johannesburgo (Morris, 1999). Sinclair (1998) hace ver que los “enclaves” en el espacio de vivienda en la ciudad no sólo sirven para aliviar la tensión que tienen que enfrentar los extranjeros, sino que también sirven de defensa contra las hostilidades y el crimen a los que se ven expuestos, los recién llegados. No obstante, Harris (2001a) explica que estos “enclaves” pueden paradójicamente atraer la violencia y el delito, ya que los Sur Africanos saben perfectamente donde encontrar víctimas extranjeras y por lo tanto vulnerables. Como lo explica un oficial de policía: “Hillbrow es la ATM de Sur Africa” (Harris 2001a)

Las experiencias xenofobicas vividas por los refugiados a manos de los Servicios de Policía de Sur Africa (SAPS), así como a manos de miembros de

la comunidad, sugiere que el prejuicio todavía abunda –tanto institucional como individualmente. La mayoría de las víctimas de xenofobia son Africanos negros, quienes son identificados por rasgos característicos tales como: Color de piel, las marcas que dejan las vacunas y por su forma de vestir (cf. Minaar & Hough, 1996; Morris, 1999). Esta arbitraria y sofisticada forma de xenofobia, sugiere que el racismo ha encontrado nuevas víctimas en la Sur África post apartheid (Harris, 2001). Pero al mismo tiempo, también permite que los antiguos patrones de racismo y abuso subsistan escondidos bajo los nuevos “objetivos” y sus responsables. Por ejemplo, en marzo de 2001 el periódico *The Star* traía un artículo que titulaba “*Demasiado negra para que pueda demandar por arresto ilegal*” (Monare & Feris, 2001). El artículo contaba la historia de una mujer que fue arrestada, detenida y asaltada por un policía negro bajo el cargo de que era “demasiado negra” para ser una ciudadana Sur Africana. El artículo, con una gran foto de la mujer con el rostro bañado en sangre, daba cuenta de que ella fue arrestada por ser una inmigrante ilegal, principalmente debido a “su color de piel, apariencia facial, su acento, y su forma de vestir”. La mujer, una ciudadana Sur Africana, fue “contundentemente golpeada con algo duro” en la frente, fue acusada de “oponer resistencia al arresto y de ser una inmigrante ilegal”.

Junto con la experiencia de la xenofobia, otra consecuencia del enclaustramiento urbano para los refugiados es la violencia del exilio, por ejemplo, la transposición de la violencia de sus países a las ciudades Sur Africanas que los reciben.

Este es un tema delicado que no ha sido lo suficientemente estudiado en Sur Africa. No obstante, la naturaleza de la vida urbana, particularmente dentro de la ciudad, con una gran densidad poblacional, y el factor de “protección” que brindan los enclaves “nacionales” facilitan ciertas formas de conflicto que tienen que ver con los lugares de origen de las personas (muy por el contrario del contexto Sur Africano). Un pequeño, pero consistente número de Sur Africanos ha reportado haber tenido encuentros con “enemigos” que tenían en sus países de origen. Esto entonces, se ve traducido en secuestros, atracos, y desapariciones (cf. Harris, 2001a)⁸.

8 Valji (En comunicación personal) reporta que los atracos, las amenazas, y los secuestros en las fronteras parecen estar en aumento dentro de la comunidad de refugiados de Zimbabwenses en Sur África.

ESPACIOS PARA EL TRAUMA

Los refugiados y los asilados políticos se ven enfrentados a los traumas de la guerra, la migración forzada, y la violencia del exilio. La exposición a los componentes xenofóbicos viene a empeorar una experiencia, ya de por sí, suficientemente traumática y esta “conglomeración de traumas” representa muchos retos para el trabajo relacionado con el trauma en el contexto Sur Africano. De una manera similar, los excombatientes, de la propia lucha histórica de Sur África, presentan una serie de respuestas que reflejan un trauma posterior. Sus experiencias pasadas se ven a menudo revividas por manifestaciones actuales de violencia, así como por otros factores, incluyendo los relacionados con factores socio-económicos, políticos y de identidad. La noción del trauma *por sí mismo*, durante la etapa de transición, es entonces crucial para poder desarrollar una estrategia poderosa, para permitir entender a la víctima, un trauma muy complejo, las “nuevas” víctimas y un contexto de patrones de violencia consistentes pero a la vez cambiantes.

Los excombatientes provenientes de todos los espectros políticos, hoy en día, expresan sus sentimientos de abandono, aislamiento, y traición por parte de varias capas de la sociedad Sur Africana: El Estado, las comunidades, los miembros de sus propias familias (Gear, 2002). Estos sentimientos se ven reforzados por el perfil estereotipado de los excombatientes, a quienes se ve como “amenazas para la seguridad” y responsables de los crímenes violentos en la nueva Sur Africa (Gear, 2002). Lo anterior hace ver que:

“Esta clase de atención lo que hace es prevenir cualquier forma de asociación provechosa que los soldados puedan tener para tratar de resolver cualquiera de los muchos retos que se les presentan a medida que ellos hacen el tránsito de la vida armada a la vida civil. Y esta atención, lo que en últimas logra, es alimentar lo que supuestamente está tratando de prevenir –promoviendo o reproduciendo las relaciones excluyentes y conflictivas” (p. 8).

El impacto de un trauma no resuelto y de una cultura violenta también se presentó en el momento en que los soldados intentaron reintegrarse a la sociedad Sur Africana. Dada la gran variedad de experiencias bajo las que se denominan a los “excombatientes”, la reintegración ha sido un proceso más bien desigual e injusto. El mismo abarca desde “integraciones” políticas

y económicas de muy alto perfil, hasta grupos muy marginados con muy poco o nada de acceso a los recursos del Estado. Muchos de los soldados no pudieron ni siquiera ser admitidos dentro de las estructuras formales, ni como defensores del apartheid, ni como parte de los ejércitos del Movimiento de Liberación. Ya que ellos ocupaban puestos mucho menos formales pero más restringidos como miembros localizados de las fuerzas de defensa en distintas partes de la ciudad. Tenemos, entonces, que sus experiencias de violencia fueron formadas por la dinámica urbana y delimitada por la geografía del apartheid. Esto ha tenido un gran impacto en el proceso de reintegración, aceptación, e inserción dentro de la comunidad. En algunos casos éstas personas han sido aceptadas gracias al papel “protector” que desempeñaron en el pasado:

Más que cualquier otra cosa los excombatientes [ex-Thokosa y SDU] se ven a sí mismos como si hubieran combatido por sus comunidades, y en el presente, sienten cierto tipo de aprecio por parte de algunos miembros de la comunidad. Ellos también contemplan el fin de la violencia con menos expectativas que muchos otros excombatientes. Pues parece que, bastante a menudo, los sentimientos de resentimiento o traición se han generado en relación con las iniciativas que apuntan a ayudar a los ex-SDU (o que han sido iniciativa de ellos mismos), que se han dado desde el cese de hostilidades. (Gear, 2002, p. 22).

En otros casos, las víctimas y los responsables continúan viviendo unos al lado de los otros dentro de las comunidades, siempre en estado de hostilidad y miedo.

De acuerdo con Gear (2002): “gran parte de los miembros de las estructuras mucho más formales tales como la SADF y la MK (por sus siglas en Inglés) se sienten distanciados e incapaces de relacionarse con sus comunidades”. Esta sensación de alienación es, en mucho, inducida por la disyuntiva entre la identidad política y la ideología de ser un “soldado” en tiempos de un cambio en el orden político.

Por ejemplo, Gear (2002) encontró que muchos de los soldados ex-SADF que tenían muy bien aprendidas las ideologías de la antigua Sur África, hoy en día, tienen la sensación de que el resto de la sociedad los ha aislado. Sienten que son reliquias de algo que ahora ya está olvidado como resultado de la política con la que a ellos mismos los alimentaron. (p. 21).

El sentirse “atrapados” en el pasado, irónicamente, les permite a éstos excombatientes articularse una identidad que los sitúa en el presente. A pesar, de que esta es una identidad de exclusión, es la que los redefine hoy en día: Parte de lo que fueron, es ser un excombatiente. Las identidades de inclusión y exclusión ofrecen una forma de explorar los sitios potenciales de conflicto dentro de Sur Africa. Estos sitios se pueden dar a diferentes niveles, desde grupos políticos organizados a individuos marginados. Ellos también señalan las víctimas (por ejemplo, víctimas de desplazamientos forzosos) y lo más importante, a los responsables de la violencia (por ejemplo, actos de violencia a manos de los correctos “blancos”, que “explican” sus acciones como el resultado de la exclusión de la arena política oficial).

En muchas formas, la exclusión está en el corazón de lo que ahora se llama en el país los “nuevos” movimientos sociales. Estos abarcan un gran número de problemas, desde El Movimiento de la Gente sin Tierra, hasta La campaña del Movimiento Pro Tratamiento, que continuamente está retando las políticas del gobierno en cuanto al VIH/Sida para que suministre la droga anti-retroviral. Hay muchos otros movimientos y, como dice Cock (2003): “no hay una investigación seria, ni información en cuanto a los grupos, su número de miembros, motivaciones, objetivos y temas”. No obstante, una tendencia muy preocupante es aquella por medio de la cual el Estado responde negativa y opresivamente a la crítica que proviene de la sociedad civil.

Esto es mucho más preocupante, a la luz de la cuestionable legislación anti-terrorista, la cual pretende restringir los derechos individuales y le ofrece al Estado una oportunidad para que marginalice y suprima los movimientos sociales progresivos.

El proceso de marginalización, en sí mismo, está viviendo una transición, refleja algunos de los cambios y continuidades que se están dando a nivel de la violencia, así como también le da forma a las víctimas y a los responsables. Los instrumentos de la Justicia Provisional o Transitoria, como por ejemplo, La Comisión Sur Africana de la Verdad y la Reconciliación (TRC por sus siglas en Inglés) también han jugado un papel, al recrear las identidades y al promover charlas donde se hable acerca del pasado y del presente. De hecho, los cambios y la continuidad en la violencia

de Sur Africa, durante el periodo de transición, nos ofrecen una mirada al interior de los temas de gobernabilidad, Justicia transitoria o temporal, reparaciones, Derechos Humanos y reconciliación. En vez de mantener estos temas separados, o en oposición binaria a la violencia, es importante reconocer que ellos están muy íntimamente ligados. Es sólo mirando hacia la naturaleza de estas relaciones, y aprendiendo de otras sociedades en transición, que los mecanismos existentes de prevención de la violencia, se pueden evaluar efectivamente y con base en ellos, desarrollar nuevas estrategias que nos ayuden a lidiar, de mejor forma con la violencia durante una etapa como ésta.

REFERENCES:

- Bruce, D. & Komane, J. (1999). Taxis, cops and vigilantes: police attitudes towards street justice. *Crime & Conflict*, 17, 39-44.
- Cock, J. (2003). Input at CSVR Content Strategic Planning Session, 08-09 May.
- De Beer, E. (2003). Kritzinger kills in cold blood, rules judge. *Independent Online*, May 02.
- Dugard, J. (2001). *From low intensity war to Mafia war: taxi violence in South Africa (1987-2000)*. Violence and Transition Series (5). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation.
- Gear, S. (2002). *Wishing us away: challenges facing ex-combatants in the 'new' South Africa*. Violence and Transition Series (8). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation.
- Gun Control Alliance. Available Online: <http://www.gca.org.za>
- Hamber, B. (1997). Dr Jekyll & Mr 'Hide': problems of violence prevention and reconciliation in South Africa's transition to democracy. In E. Bornman, R. van Eeden & M. Wentzel (Eds.), *Perspectives on aggression and violence in South Africa*, 3-20. Pretoria: Human Sciences Research Council.
- Hamber, B. (1999). *'Have no doubt, it is fear in the land': an exploration of the continuing cycles of violence in South Africa*. Paper presented at the Centre for the Study of Violence and Reconciliation seminar, 27 May 1999.
- Harris, B. (2001a). *A foreign experience: violence, crime and xenophobia during South Africa's transition*. Violence and Transition Series (5). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation.
- Harris, B. (2001b). As for violent crime that's our daily bread: vigilante violence during South Africa's period of transition. Violence and Transition Series (1). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation.
- Harris, B. (upcoming). Untitled (research on racially motivated hate crime). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation
- Haysom, N. (1986). *Mabangalala: the rise of right-wing vigilantes in South Africa*. Occasional paper 10. University of the Witwatersrand: Centre for Applied Legal Studies.
- Kortjas, B.B. & Msomi, S. (2001, December 27). Mob kills woman for telling truth: health worker stoned and beaten for confession, Sunday Times.
- Makhalemele, O., Molewa, B., & Valji, N. (personal communication) Based on Race and Reconciliation project Team meetings and discussions (2003).
- Masuku, S. (2003). *For better and for worse: South African crime trends in 2002*. Pretoria: Institute for Security Studies

- Minaar, A. & Hough, M. (1996). *Causes, extent and impact of clandestine migration in selected Southern African countries with specific reference to South Africa*. Pretoria: Human Sciences Research Council.
- Minister of Correctional Services Budget Speech (2003). Available online: <http://www.gov.za/dept/>
- Molewa, B. (personal communication). Based on Race and Reconciliation project Team meetings and discussions (2003).
- Monare, M. & Feris, M. (2001). 'Too-dark' teacher to sue for arrest. *The Star*, March 12, p.1.
- Morris, A. (1999). *Bleakness and light: inner-city transformation in Hillbrow, Johannesburg*. Johannesburg: Witwatersrand University Press.
- Ndaba, B. (2001, October 21). Raging mob evicts Zimbabweans, burns homes, *The Star*. Available online: <http://www.iol.co.za/>
- Ndaba, B. & Kalideed, N. (2001, October 24). More shacks belonging to Zimbabweans burnt, *The Star*. Available online: <http://www.iol.co.za/>
- Palmary, I., Rauch, J. & Simpson, G. (2003). Violent crime in Johannesburg. In R. Tomlinson, R.A. Beauregard, L. Bremner, & X. Mangcu (Eds.), *Emerging Johannesburg: perspectives on the postapartheid city*, 101-122. London: Routledge.
- Segal, L., Pelo, J. & Rampa, P. (2001). Into the heart of darkness: journeys of the amagents in crime, violence and death. In J. Steinberg (Ed.), *Crime Wave: The South African underworld and its foes*, 95-114. Johannesburg: Witwatersrand University Press.
- Simpson, G. (2001). Shock troops and bandits: youth, crime and politics. In J. Steinberg (Ed.), *Crime Wave: The South African underworld and its foes*, 115-128. Johannesburg: Witwatersrand University Press.
- Simpson, G., Mokoena, S. & Segal, L. (1992). Political violence: 1990. In M. Robinson & A. Rycroft (Eds.), *Human rights and labour law handbook, 1991, 2*, 193-219. Cape Town: Oxford University Press.
- Sinclair, M. (1998). Community, identity and gender in migrant societies of Southern Africa: emerging epistemological challenges. *International Affairs*, 74 (2), 339-353.
- Von Schnitzler, A., Dithage, G., Kgalema, L., Maepa, T., Mofokeng, T. & Pigou, P. (2001). *Guardian or Gangster? Mapogo a Mathamaga: A case study*. Violence and Transition Series (3). Braamfontein: Centre for the Study of Violence and Reconciliation.
- Valji, N. (personal communication). Based on regular CSVr team meetings and discussions on issues of xenophobia, racism and history (2002-2003).